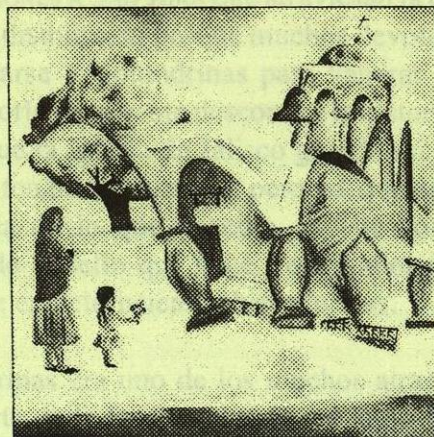


que tienes planeado para festejar nuestros primeros siete años de casados. ¡Perdóname, mi amor! —continuó—. Vi los boletos por casualidad; pero no importa, realmente ha sido una sorpresota. Además era necesario que me lo dijeras ya —abrazándolo—, pues tengo que conseguir quien se quede esos días con los niños. ¡Será una maravillosa segunda luna de miel! ¿Verdad, cariño?

Mientras que a Eugenio le rebotaban todavía en los oídos los latidos de su acelerado corazón y atinaba a contestar: —¡Claro! Sí, ¡claro!; Ena acababa de sumar, a la lista de sus muchos talentos, uno más. De haber sido ésa la escena principal de una película de Hollywood, su actuación le habría arrebatado el Oscar a Meryl Streep.

## GOLONDRINAS

a Paco



que tienes planeado para festejar nuestros primeros siete años de casados. ¡Perdóname por el amor - continúa - Vi los bollos por casualidad, pero no importa, realmente ha sido una sorpresa. Además era necesario que me abrazaras - abrazándolo - pues tengo que conocer a los niños con los niños. ¿Será una maravillosa fiesta? ¿Verdad, cariño?

Mientras que a Eugenio le rebotaban todavía en los brazos los brazos de su escitizado corazón y amaba a contestar: ¡Claro! Sí, ¡el día! Era acababa de sumar a la lista de sus muchos talentos uno más. De haber sido esa la escena principal de una película Hollywood: su protagonista era el Oscar a Merle Streep.



algunos festejos de la parroquia que se celebraban en el templo de San Juan de Moreno. La mayoría de la gente desconoce la historia de esta virgen milagrosa porque la Iglesia de Jalisco guarda sus reservas acerca de los hechos y tendrá sus razones; pero yo, que de alguna manera estuve enterada de lo que sucedía, me he convencido de la trascendencia de aquello que hace treinta años parecía ser sólo una aventura de características sobrenaturales.

LAS PEREGRINACIONES A SAN JUAN que atraviesan la ciudad de Lagos de Moreno han disminuido porque muchos devotos marianos han preferido desviarse a Golondrinas para venerar a la Virgen del Fresno. La mayoría de la gente desconoce la historia de esta virgen milagrosa porque la Iglesia de Jalisco guarda sus reservas acerca de los hechos y tendrá sus razones; pero yo, que de alguna manera estuve enterada de lo que sucedía, me he convencido de la trascendencia de aquello que hace treinta años parecía ser sólo una aventura de características sobrenaturales.

Golondrinas era uno de los muchos atractivos de Lagos. Significaba parte de la fascinación de ese lugar tan alejado de la modernidad práctica y la influencia gringa que caracterizan a la vida regiomontana. Cada verano podíamos dejar atrás la moderna casa de fraccionamiento, cercana a una de las fábricas más importantes del norte de la ciudad, para penetrar en el mundo de los pueblos jaliscienses donde, hasta nuestros días, abundan las mujeres de rebozo y los hombres con sombrero de palma.

Visitar durante las vacaciones a los abuelitos y a la tía más maravillosa del mundo, se convirtió en una anhelada costumbre. La emoción empezaba desde que vislumbrábamos a lo lejos las

altísimas torres de la parroquia, atravesábamos el hermoso puente con la absurda leyenda, y entrábamos por la calle Padre Torres. Al abrir aquellas enormes puertas de madera se presentaba ante nuestros ojos un trozo del paraíso que cobijaría nuestra infancia y juventud con sueños, aventuras y cariño entrañable.

Para nosotros todo era asombroso: madrugar para ver ordeñar una vaca, recoger los huevos en los gallineros, vender alfalfa, correr entre los árboles de ciruelos y peras para llevar los desperdicios a los cerdos, y ser perseguidos por los perros. Por las tardes, disfrutábamos desgranar mazorcas, bordar secadores y delantales, o bien leer la colección de historietas más variada que puedan imaginarse: *Vidas Ilustres*, *Joyas de la Mitología*, *Mujeres Célebres*, *Archie*; las tenebrosas *Tradiciones y Leyendas* o bien las simpáticas aventuras de *Memín Pinguín*. Por las noches, los grandes nos contaban historias de aparecidos o de tesoros, para que termináramos siempre con miedo en esa casona inmensa, escuchando los ladridos y aullidos de los perros y viendo sombras y figuras extrañas que nos obligaban, muchas veces, a refugiarnos en la cama de mi tía.

Cuando empezamos la adolescencia, los pleitos entre primos y primas se hicieron más frecuentes, de manera que los hombres se fueron separando de nosotras. Nos excluían de todos sus planes, volviéndose muy herméticos. En su famoso y prohibido club dizque subterráneo, construido a la sombra de unos nogales, descubrimos que fumaban, veían revistas para adultos y elaboraban el diseño de unas alas que según ellos —¡pobres ilusos!— los harían volar. Todo esto no pasaba de ser un juego de jóvenes inquietos y de espíritu aventurero.

Pero de un año a otro las cosas cambiaron. Todos los muchachos, dirigidos por tío Memo, empezaron a hacer expediciones nocturnas en una camioneta abierta, acompañados

de dos trabajadores que llevaban picos y palas. Por las características de sus salidas todas pensamos que se trataba de la búsqueda de algún tesoro. Buscar tesoros en Lagos es una actividad que tiene muchos adeptos. Según cuentan, no pocas personas se han encontrado tesoros enterrados en sus propias casas y, por lo tanto, tener algún conocido que se vuelve rico de la noche a la mañana ha ocasionado que mucha gente de los pueblos de Jalisco viva obsesionada, por generaciones, con la idea de encontrarse una olla repleta de monedas de oro. Las historias de tesoros se vinculan casi siempre con aparecidos o almas en pena y eso, para quienes somos escépticos, las convierten en cuentos a los que sólo dan crédito los niños. Sin embargo, las salidas por las noches a Golondrinas se fueron rodeando cada verano de un mayor misterio.

Mis primas sabían poca cosa. Golondrinas era una mina abandonada cuya veta de estaño se había agotado desde la época de Ávila Camacho. Tanto Librado, el primo mayor, como el tío Guillermo, se cansaban de repetirnos que a las minas no entraban mujeres. Sus explicaciones tenían que ver con que la palabra mina es femenina, con algo de los celos y con la mala suerte; el caso era que esas supersticiones nos prohibían acercarnos a ese lugar, situado apenas a unos veinte kilómetros de la pequeña ciudad. A pesar del secreto en que se mantenían, después de un tiempo nos fuimos enterando de ciertos detalles a fuerza de escuchar tras las puertas, al regreso de sus excursiones: Golondrinas tenía que ver con aparecidos o, más exactamente, con las ánimas. Cuando empezó a acompañarlos un sacerdote, el asunto tomó otro cariz y las mujeres decidimos averiguar qué pasaba en esa mina.

Dos veces intentamos llegar a Golondrinas y las dos veces fracasamos. La primera vez la comisión estuvo a cargo de las primas mayores. Carmen, quien sería la conductora, era la prima de más edad y estaba a punto de irse al convento; ella manifestó en esa ocasión, con mucha solemnidad, que llevaría agua bendita y un

crucifijo pues temía se tratara de algo demoníaco. El camino que había que seguir hacia Golondrinas salía del Pueblo de Moya rumbo a la hacienda de una tía lejana, quien años después fue asesinada por su capataz. A dos kilómetros de La Esperanza, la futura monjita tomó la vereda que salía del camino de terracería y, de acuerdo con las señales que habían averiguado con anterioridad, subieron un pequeño promontorio que, por fin, les dejó ver lo que parecía ser la mina. Ya muy cerca de la entrada y casi de inmediato, sucedió algo extraño. Empezaron a caer piedras. Primero, una después de otra; luego, cuando todas se preguntaban qué pasaba, sobre el parabrisas del carro golpearon tantas piedras que —según nos contaron— parecía tratarse de una tormenta de granizo. Se llenaron de pánico al constatar que las piedras no venían del cielo, sino de la entrada de la mina, pero no se veía quién o quiénes las lanzaban de esa manera; Carmen sólo atinó a dar reversa para huir tan pronto como pudo.

Después de lo sucedido y ya más tranquilas en la huerta, trataron de buscar explicaciones lógicas al evento; la respuesta más comprensible fue suponer que la mina era un refugio de malvivientes. Las primas menores, intrigadísimas por lo sucedido, planeamos una semana después y sin decir a nadie, nuestra propia búsqueda. Una tarde, cuando todos dormían la siesta, mis primas gemelas, mi hermana de quince años y yo, “secuestramos” al abuelito para que nos señalara el camino, y nos subimos al Volkswagen amarillo, el único carro que podíamos usar.

El abuelito, refunfuñando, nos iba diciendo cómo tomar el camino rumbo a la mina. Cuando por fin giramos hacia la vereda que nos llevaba a la subida que anunciaría la entrada, el carro se fue frenando y el volante empezó a ponerse rígido. Mi abuelo, de pocas palabras, se bajó del Volkswagen y después de revisarlo se acercó a la ventanilla y nos dijo bastante serio: —¡Ya nos jodimos!

Sin ninguna ayuda y a punto de ocultarse el sol, nos encontrábamos en aquel terreno desierto y espinoso. El recuerdo de la llanta pinchada y del esfuerzo que tuvimos que hacer por ignorar que el segundo asiento del carrito guardaba el gato hidráulico, todavía nos da risa; mientras el abuelo metía ramas debajo del carro nosotras teníamos prácticamente que levantarlo en vilo. La noche nos calló encima cambiando la rueda y escuchando palabrotas que el abuelo nunca antes había pronunciado frente a sus nietas. El pobre, que se caracterizaba por su buen humor, aquél día estaba furioso contra nosotras; en su vida había cambiado un neumático. Una vez arreglado el desperfecto, de lo único que nos acordamos fue de regresar. La mina volvió a quedarse atrás.

¿Habrán sido coincidencias las dos fallidas veces que quisimos averiguar el secreto de Golondrinas? ¿Existía alguna fuerza extraña que por desconocida razón impedía a las mujeres acercarse a la mina? Esas y otras preguntas nos hicimos repetidas veces y llegamos a creer en parte las supersticiones de las que se hablaba. Por mucho tiempo nos olvidamos del asunto.

Fue, si no me equivoco, hasta 1982 —porque para entonces ya había nacido mi primera hija— cuando supimos que mis primos y el tío Guillermo habían ido a San Luis Potosí a una radiodifusora para, por medio de un aparato especial, transferir a decibeles del parámetro de audición humana, una grabación hecha en Golondrinas. Lo que voy a contar enseguida va a parecer increíble, pero si quienes me conocen y consideran que soy una persona sensata me toman en serio, créanlo: la grabación fue un recurso que utilizaron porque se necesitaba una prueba factible de lo que estaba sucediendo. ¿Cómo era posible creer que un grupo de almas que sufrían en el purgatorio pedían a gritos que se orara por ellas para salir de su tormento?

El aventurero tío Guillermo supo de esa mina en el momento en que tanto él como sus hermanos acababan de perder la hipoteca del único patrimonio que les quedaba: una casona que ocupaba media manzana por la calle Madero. Con todo el corazón deseaba encontrar en esa mina, abandonada por sus parientes, una nueva veta que los sacara de apuros. ¡Qué bueno era para convencer y dirigir a la gente! Todos se soñaban millonarios cuando el fornido tío de atractiva voz y lenguaje cultivado, les hablaba con entusiasmo de las toneladas de estaño que les venderían a los suizos. Lo que nunca pensaron es que, lejos de encontrar estaño, el grupo de soñadores iniciarían un proceso que les llevaría más de veinte años resolver.

Desde el primer día de trabajo en Golondrinas sucederían fenómenos extraños e inexplicables: piedras que salían disparadas, llamaradas que se encendían y se apagaban súbitamente, ráfagas de viento que enchinaban la piel de cualquiera; en fin, una serie de acontecimientos que llevaron a mi primo mayor a ponerse a rezar e invocar de qué o de quién se trataba. Dispuestos un sábado a picar las paredes del túnel, uno de los peones cayó al suelo víctima de una especie de ataque. Librado, que era estudiante de medicina, de inmediato le tomó el pulso y comprobó que se encontraba muy mal; sus ojos estaban abiertos pero su mirada no parecía fijarse en ningún lado. Cinco minutos, que parecieron eternos, tardó en recuperarse el hombre a quien apodaban el Mono.

Después de incorporarse, el Mono los miró a todos detenidamente y empezó a hablar. Lo que dijo los dejó perplejos: el alma de un tal don José suplicaba ayuda para salvarse, con su grupo, de la oscuridad en la que se encontraban. ¿Cómo que un alma?, se preguntaban todos. ¿Acaso era posible creer lo que decía un peón ignorante? Aunque algunos desconfiaban de la cordura del hombre, mi primo lo tomó muy en serio. La última frase que repitió el Mono ese primer día fue lo que más impresionó al futuro

médico: "Rezad por nosotros hasta el cansancio; pues sólo vosotros, si queréis, podréis salvarnos." ¿Por qué un hombre que no había estudiado ni la primaria hablaba de tal manera? ¿De dónde —se preguntaba mi primo— podía haber imitado esas formas del castellano?

Esa noche en su dormitorio, Librado, un joven piadoso y muy cercano a la doctrina católica, hizo reflexiones profundas sobre el mensaje traducido por el Mono. Lo que le movió principalmente a iniciar el proceso y convencer a sus compañeros, fueron algunos detalles que le parecieron muy peculiares: Las ánimas habían elegido como intermediario al más pobre, al más ignorante, incluso, el menos agraciado físicamente; en resumidas cuentas, al de menor valía ante los ojos humanos; eso para él era una señal. Esta situación le recordaba aquella parte del evangelio que relata el nacimiento de Jesús y destaca a los pastores como los escogidos por Dios para que el ángel les anunciara tan importante acontecimiento. Otro aspecto que a mi primo también le parecía revelador, era el hecho de que el alma de don José mencionara la oración como el único medio para poder salvarlos. De esta manera, el estudiante con mentalidad científica pero de convicciones religiosas firmes, se planteó el hecho de convertirse en el líder de esa aventura espiritual, metafísica o sobrenatural. No había vuelta de hoja, quienes aceptaran seguirlo, dejándose guiar por los mensajes transmitidos por el Mono, lo harían sólo por la fe: —Creer o no creer es una opción libre que nace de un convencimiento personal, íntimo e incomprensible para muchos —les dijo a todos dos días después y les pidió sinceridad absoluta en su decisión de seguir adelante.

Sólo algunos, a quienes tiempo después se les unió el padre Rendón, decidieron continuar con Librado las visitas a Golondrinas. No fue fácil para ellos permanecer fieles a un proceso que parecía ser cosa de lunáticos. Sin embargo, las experiencias insólitas de las que fueron testigos, los animaron a continuar sin